



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Villaseñor, Ma. de Lourdes (1993)
**“ACERCAMIENTO AUTOGESTIVO
DEL ADOLESCENTE AL MUSEO”**
en Perfiles Educativos, No. 60 pp. 87-90.

ACERCAMIENTO AUTOGESTIVO DEL ADOLESCENTE AL MUSEO

Ma. de Lourdes VILLASEÑOR*

La autora se refiere a la concepción que priva en torno a los museos, donde se considera que son templos fríos, ajenos, depositarios de objetos y colecciones valiosas, que muchas veces no presentan, por la distancia del tiempo, la comunicación ni los intérpretes eficaces que se requieren. Analiza también las visitas que los adolescentes realizan a los museos y critica los escasos resultados que se logran en ellas. Ante esta situación, relata formas diferentes de acercarse a los adolescentes al aprendizaje del museo y propone diversas actividades creativas que despierten el interés y la curiosidad y promuevan la libertad de movimiento, la búsqueda y las reflexiones personales, así como el trabajo en equipo, de manera tal que la visita al museo se convierta en un verdadero laboratorio taller.



THE APPROACH OF THE ADOLESCENT TO THE MUSEUM

The report refers to the conception of museums as cold temples, alien depositaries of objects and valuable collections, that many times, due to time length, show no link of communication. It analyzes, as well, the visits of adolescents to museum and criticizes the outcome of these. The author suggests different ways of approaching adolescents to the learning in museums and proposes diverse creative activities that encourage interest and stimulate curiosity while promoting freedom of movement and searching and personal reflexions, as well as group work, in such a way that a visit to the museum turns into a real laboratory workshop.

A menudo pensamos que los museos no son otra cosa más que sitios depositarios de objetos, lugares oscuros y misteriosos donde el silencio da lugar a lo no expresado; son algo así como refugios donde se guardan y custodian elementos de una cultura heredada; templos que muestran exposiciones frías y estériles donde los objetos no logran, por la distancia del tiempo, comunicar lo que no necesita de intérpretes. Y también podríamos decir que quien entra a ellos se encuentra extendiendo la mirada sobre lo ajeno, sobre aquello que siente que no le pertenece, y la mayoría de las veces desconoce; entra en unos espacios en los que se resumen y conjugan distancias de tiempos pasados y tiempos presentes que llevamos en nuestro mirar. Ya que en nuestros museos las distancias entre las sociedades de ayer y de hoy se enfrentan; lo viejo y lo nuevo se encuentran sin comprenderse.

Los museos son: espaciosos, viejos, nuevos, antiguos, modernos, grandes, pequeños, abstractos, oscuros, atractivos, misteriosos, iluminados, esotéricos, simples, intocables, imponentes, atractivos, ajenos, grandiosos, silenciosos, solitarios, tumultuosos; pero raras veces son didácticos.

* Instituto Nacional de Bellas Artes

Sabemos que los museos fueron creados con la finalidad de albergar colecciones de objetos valiosos, de restaurarlos, conservarlos, investigar sobre ellos y finalmente mostrarlos al resto de la gente a través de la museografía, es decir, la manera de exponer una serie de piezas determinadas. Pero en muy contadas ocasiones los museos son creados con un punto de vista didáctico, y por eso es muy difícil para el visitante de los museos construir conocimientos por sí mismos, y se recurre a guías, cédulas o personas que les expliquen.

Otro aspecto interesante de los museos es la creencia que se tiene de ellos de que son "templos de la cultura", y como tales, se considera que cualquier persona, por el simple hecho de entrar en él, se transforma en una persona culta, o en su defecto, menos ignorante.

Cuando entramos a cualquiera de los grandes museos de nuestra ciudad, asumimos de inmediato una actitud de respeto y silencio ante la museografía en general y hacia los objetos en particular. Esta actitud desde luego tiene sus orígenes en nuestras experiencias vividas en los museos desde nuestra infancia, cuando las maestras nos advertían de ir formados, callados y escuchando atentamente al guía.

Pero observemos ahora algunos elementos que se encuentran en los museos, y cómo son utilizados por los visitantes: Además de los objetos ahí presentados tenemos las cédulas que nos explican a grosso modo el lugar de procedencia, fechas, ubicación histórica y otros datos concernientes al objeto mostrado. Estas cédulas son el resultado de la investigación que efectúa el curador; después se elabora un guión y se redactan las cédulas. Sin embargo, en la mayoría de los museos ese cedulario es colocado el día de la inauguración, y va perdiendo vigencia conforme transcurre el tiempo, por lo que en muchas ocasiones contienen datos equivocados. Es de suponer que esta situación confunde a cualquier visitante y entorpece la experiencia de aprender. Aunada a lo anterior se encuentra la museografía, que comprende: espacios, sombras, luces, colores, sonidos, silencios, ambientes, ventilación, colocación y elementos decorativos que, entre otros, influyen de manera directa en la comprensión o incomprensión de una colección expuesta.

Es así que en la actualidad se cuestiona al museo como un espacio que promueve aprendizajes, veamos por qué: Un personaje de suma importancia que le otorga al museo la función de enseñar es el profesor de grupo, y la manera en que utiliza el museo le da a éste una imagen, es decir, independientemente del valor que puedan tener algunas experiencias en el museo, el maestro las vuelve aburridas y "odiosas", y en algunas ocasiones, un castigo. Se puede aprender en un museo, pero el maestro se encarga de que eso no suceda. Son aquellos que envían a sus alumnos de secundaria a copiar las cédulas que hay en las salas, que los obligan a buscar temas completos que muchas veces no trata el museo, que sin conocer el contenido temático, piden la realización de tareas inútiles y absurdas que convierten al museo en el lugar odioso y aburrido que todos alguna vez sufrimos. Otro personaje que juega un papel importante para promover o no aprendizajes dentro del museo es el guía, cuyas funciones son las siguientes: En la mayoría de los casos se abocan a atender a grupos de entre 20 o 40 personas, que son conducidas hacia el interior de las salas en donde el guía hará gala de sus conocimientos recitando un guión aprendido de antemano. Este personaje también puede ser un obstáculo de aprendizaje entre el visitante y el museo.

Por último, tenemos al personaje más interesante: los alumnos y personas que entran al museo en busca de algo que llevar consigo. Se dice que el observador lleva con él todas las experiencias que conforman su persona, su cultura, su manera de ver el mundo, y por lo tanto al observar los objetos mostrados éstos adquieren un especial significado para cada persona, de manera particular. Sin embargo, este elemento significativo no es utilizado.

Pero el obstáculo más fuerte con el que se enfrenta el joven que visita los museos es el sistema anquilosado y viejo de la escuela tradicional, aleccionadora y castrante de aprendizajes

significativos, emotivos y vivenciales. Por ello me voy a permitir hacer un análisis general de alumnos, maestros y museos, dentro de este sistema.

Existen dos razones fundamentales por las que los jóvenes adolescentes asisten a los museos. Una es la realización de tareas que les proporcionarán puntos que sumar a sus calificaciones; la mayor parte de estas tareas consiste en copiar cédulas a diestra y siniestra con tal angustia por parte de los alumnos que muchas veces pasan sin mirar aquel objeto que seguramente les habría despertado la curiosidad. Cuando transcriben dicha cédula en su cuaderno, no elaboran nada, no construyen, no crean, por eso es que el objeto no tendrá en un futuro inmediato ningún significado importante para él. También podemos considerar las cédulas como un vínculo de dependencia entre el joven y el texto escrito, pues jamás se le ocurrirá poner en tela de juicio lo que está impreso. Como los maestros son quienes los obligan a copia cédulas, son ellos los que hacen creer a sus alumnos que lo que ahí se dice es absolutamente verdadero e irrefutable. No es importante que el alumno observe, sino que repita la lección que el profesor-museo les dicta. Una vez que el alumno termina de escribir en su cuaderno frases sin sentido, debe buscar alguna persona del museo para que selle sus hojas, de lo contrario, el maestro asegurará que no asistió al museo. así, el objetivo de esta visita consiste en conseguir un comprobante de haber pisado el museo y no de haber aprendido y mucho menos de haber vivido una experiencia interesante.

El contenido expresado en cédulas y museografía son también reproducciones de una élite intelectual que muestra a los demás, desde un punto de vista particular y muchas veces maniqueo, la cultura de los antiguos, pues depende de su interpretación y el realce que dé a los aspectos que ellos determinan, dejando en el olvido de las bodegas colecciones que no consideran tan importantes. El lenguaje museográfico lo muestra todo terminado, invitando a los adolescentes a repetir y memorizar sus contenidos. ¿No es ésta una manera de alienación?

La mayoría de los museos son producto de una educación tradicionalista, expositora y rígida. Otra de las razones por las cuales los adolescentes asisten al museo es porque su maestro de grupo los lleva obligadamente. El grupo entra en una sala siguiendo al guía, que previamente se ha puesto de acuerdo con el maestro sobre lo que los muchachos deben aprender. Todos rodean al guía, quien recita de memoria su explicación frente a alguna vitrina y señala de vez en cuando algún objeto. Su intervención no dura más de treinta minutos, y los muchachos, en el mejor de los casos, se quedan impresionados de lo mucho que desconocen. Estamos de nuevo ante un vínculo de dependencia, porque las salas se nos presentan como el lugar ideal para el expositor, que requiere de un auditorio pasivo, que le escuche "pasivamente" sin inmiscuirse, sin elaborar nada. Y son tan rápidas esas exposiciones que lo que sucede es que los muchachos ni pueden observar algún objeto que llame su atención, por seguir y escuchar al guía, ni escucha, por estirar su mirada hacia alguna vitrina que atrajó su atención.

Hemos observado que los jóvenes adolescentes rara vez van a los museos por curiosidad, y no es de extrañar después de tan obligadas visitas. Los que llegan a ir por interés personal se encuentran con que el contenido de las salas les puede resultar atractivo, interesante, pero está fragmentado, incompleto. Es decir, faltaría en esa experiencia la elaboración propia de contenidos (que el museo no promueve), la investigación, el descubrir, el crear, el aprender la manera de leer en los objetos a través de la observación, para deducir que cada uno de ellos no es otra cosa que una pieza valiosísima de un rompecabezas histórico; poder expresar con sus propios conceptos lo comprendido del discurso museográfico al terminar la visita. Lo que sucede es que el joven se dedica a leer en silencio las cédulas y entonces recibe una lección en silencio, aleccionadora y conformadora hacia una sola tendencia teórica, cuyo resultado es obstaculizar la construcción de conclusiones críticas.

En efecto, cuando un joven entra por propio interés a los museos, aprende, pero no exactamente aprendizajes frescos, apasionantes, y mucho menos creativos. Porque además del

cedulario y selección de los objetos, tenemos la actitud que ya hemos aprendido desde muy pequeños, y solamente con una actitud diferente hacia el museo se puede lograr que la vivencia que pueda tener un adolescente en el museo sea significativa. Un elemento que puede reforzar esa actitud pasiva y poco participativa es la museografía. Un ejemplo muy interesante es la sala Mexicana del Museo Nacional de Antropología: En la entrada podemos percibir la obscuridad interior que contrasta con la luz del patio central, reflejada en las paredes blancas. Después de acostumbrar los ojos a la penumbra nos topamos con tres piezas que, por su colocación, podemos deducir su importancia. En el centro, el vaso de los sacrificios, a la derecha, una pequeña pirámide de piedra, y a la izquierda, la cabeza tallada en piedra de un guerrero águila. Los techos de la sala son muy altos, tanto como los de una catedral. Hacia el centro de la sala se levantan dos muros, uno a la derecha y otro a la izquierda, dejando enmarcada una plataforma de mármol blanco con tres escalones a manera de altar; nos llevan a mirar la importante piedra del sol. A la mayoría de los visitantes esta similitud con lo que parece un altar influye en su comportamiento, por lo que no suben los escalones para mirar en detalle la piedra del sol, aunque nadie se los prohíba. Lo que nos está diciendo esa museografía es que lo ahí presentado es sagrado, valioso, místico, misterioso, inalcanzable a nuestra comprensión. Nos enseña a no cuestionar, a no poner en tela de juicio.

Difícilmente podemos modificar la imagen de los museos como sitios estáticos. Pero lo que sí podemos cambiar es la manera de observar el material museográfico, esa nueva manera deberá ser crítica y reflexiva. Podemos cambiar también nuestra actitud para ser más curiosos.

Después de observar a muchos jóvenes copiando información y sellando hojas de trabajos inútiles me propuse una forma diferente de acercarlos al aprendizaje con el museo. La siguiente experiencia sucedió en el Museo Nacional de Antropología.

Todo comienza con una forma diferente de organizar al grupo, haciéndoles saber antes que nada que ellos van a indagar dentro del museo de una manera libre y diferente. Los organicé por equipos de tres o cuatro miembros, cuando mucho, para que pudieran organizarse más fácilmente y porque juntos tendrían el apoyo y confianza suficientes para expresar más adelante las observaciones y descubrimientos efectuados. La experiencia para ellos la llamé el mapa del tesoro, que aunque suena tan trillado les pareció a los muchachos muy atractivo por la manera de llevarlo a cabo.

Por principio, ningún adulto los acompañaría, lo que provocó gran entusiasmo, pues pensaron en jugar por ahí libremente. Después se les repartieron sus materiales de trabajo, que consistieron en un mapa con señales y pasos a seguir, así como la indicación de lugares claves para observar (algunos objetos dentro de vitrinas, por ejemplo), de lugares para leer, comentar y discutir, lugares para registrar, dibujar y formular alguna pregunta para responder entre todos al final. Estas fueron las actividades más sobresalientes, y todas ellas con un límite de tiempo. Por nuestra parte, colocamos a lo largo de las once salas de la planta principal del museo glifos, señales con figuras geométricas de colores que indicaban a su vez si en ese lugar teníamos que observar, llegar a algún acuerdo, registrar, anotar impresiones de agrado o desagrado, leer, guardar silencio. En fin, que no sólo se trataba de copiar información contenida en el museo sino de experimentar una serie de nuevas vivencias para después compartirlas con el resto de los compañeros. Todas las asesoras educativas nos colocamos en las diferentes salas para que los alumnos pudieran preguntar, pero solamente en caso de que algo no estuviera claro en las indicaciones del mapa, pues el trabajo en sí corría por su parte y responsabilidad. Se les indicó también que esta actividad no sería evaluada con calificaciones, sino con su opinión respecto de la forma de trabajo.

Planeamos recorridos diferentes para que los muchachos no se encontraran amontonados observando lo mismo; cada mapa tenía como objetivo observar y desarrollar en especial un tema determinado pero no evidente a los jóvenes. Estos aspectos eran religión, muerte, arquitectura, cerámica, atavío, agricultura, entre otros.

Cuando el recorrido comenzó, los muchachos empezaron a interesarse poco a poco; observaron que cada pequeño grupo tenía mapas diferentes y esto los motivó de una manera especial, pues entonces su esfuerzo sería valorado al final como un trabajo único. Les dimos para esta etapa treinta minutos.

Es interesante rescatar aquí algunas de las actitudes que mostraron a lo largo de esta primera etapa, por ejemplo, en un principio pensaron que en realidad iban a ser muy vigilados y constantemente asesorados aun sin su petición, pero cuando se dieron cuenta de que nadie los seguía o preguntaba nada, cuando se vieron libres de hacer lo que el mapa decía o no, su interés empezó a nacer quizás por curiosidad, y por una gran curiosidad se encontraron bajando a la tumba de Palenque, descubriendo la piedra del sol, observando los murales, las vasijas, los cráneos, el mamut y muchos aspectos más que no podemos enumerar aquí.

Otro factor que fue de gran ayuda para lograr el éxito de esta actividad fue sin duda la organización que los muchachos observaron, el descubrir que las señales sí estaban, los números y los colores también. Es decir, los dejamos en libertad pero no a la deriva, y confiamos en ellos totalmente dejándolos de tratar como irresponsables absolutos. De esta manera los acercamos al museo para reconciliarlos con él.

La segunda etapa consistió en reunirnos todos para tratar de aportar a los otros su propia experiencia. Yo les pedí que no recitaran todas sus conclusiones sino que platicaran a manera de un relato, como si hubiesen estado de viaje, cuando así lo hicieron les pedí que leyeran una lista de temas que estaba escrita en el pizarrón y que, después de discutirlo entre ellos, dedujeran qué tema era el que habían investigado sin saber. Pronto todos señalaron su tema. Les pedimos entonces que compararan el pasado con el presente y, a manera de reflexión llegaran ahora sí a sus propias conclusiones individuales. Así quedaron con un mar de preguntas, así quedaron con la intención de regresar al museo otro día.

Dejamos de mal utilizar el museo y sus recursos para transformarlo en un laboratorio taller, donde se pueda crear y construir, al museo como un prisma que nos facilite ver a través de él esa parte de la realidad que fue la fuente principal de nuestra existencia, es decir, los acontecimientos y el devenir histórico.

BIBLIOGRAFÍA

MATUTE, Arturo

El método de acercamiento crítico al museo. Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe, UNESCO. (Mimeo.)

TAYLOR H., Francis "Lugar donde se cura el alma. *La Torre de Babel o el dilema del Museo Moderno*. México, Museo Nacional de las Culturas. (Mecanocopia de la edición original.)

LUMBRERAS, Luis Guillermo

1979-81. *Museo, cultura e ideología*. Bogotá, Colombia, PENUD/UNESCO y el Instituto Colombiano de Cultura.

RAMÍREZ, Elisa

1986. "Una mirada sobre lo ajeno", *Antropología*, núm. 10, julio-agosto (INAH).

TAGE, Hoyer

1984. *El museo como educador*. Museum, París.

BLANCHOT, Maurice

1980. "El mal del museo", *en la risa de los dioses*. Barcelona, Edit. Taurus.

ANSART, Pierre

1985. "L'útilisation des Musées, por quelles finalités?", *Musée et Education*, Montreal, Canadá, Université de Quebec.

VALLEJO Bernal, M. E.

1980. *El Museo, valioso auxiliar en la pedagogía moderna*, México, Ed. Museo Nacional de las Culturas.

SANTOYO, S. Rafael

1981. "Algunas reflexiones sobre la coordinación de grupos de aprendizaje", *en Perfiles Educativos*, núm. 11, pp. 3-19.

MORAN Oviedo, Profirio

1983. *Propuesta de evaluación y acreditación del proceso enseñanza-aprendizaje en la perspectiva de la Didáctica Crítica*. CISE-UNAM. (Versión preliminar.)

GARCÍA, Guillermo

1975. *La educación como práctica social. Aportes de teoría y práctica de la educación*. Rosario Argentina, Edit. Axis, pp. 63-841.

BARREIRO de Nudler, Telma

1975. "La educación y los mecanismos ocultos de la alienación", *en Crisis en la Didáctica. Revista de Ciencias de la Educación*. Rosario, Argentina. Edit. Axis, pp. 89-109.

BOHOSLAVSKY, Rodolfo

1975. "Psicopatología del vínculo profesor-alumno: el profesor como agente socializante", *en Problemas de Psicología Educativa. Revista de Ciencias de la Educación*. Rosario, Argentina, Edit. Axis, pp. 84-114.